

¿Por qué?

Sobre la finalidad del universo

Philip Goff

Traducción de Fernando Ballesteros



bauplan

Índice

Cómo leer este libro	9
1	
¿Para qué sirve vivir?	11
2	
La ciencia apunta a la finalidad	45
3	
Por qué la conciencia apunta a la finalidad	69
4	
Por qué es probable que Dios no exista	115
5	
Finalidad cósmica sin Dios	141
6	
Un universo consciente	165
7	
Vivir en la finalidad	181
<i>POST SCRIPTUM</i>	
¿Son los impuestos un robo?	199
Notas	208

Cómo leer este libro

Los filósofos académicos tienden a la perorata. Escriben libros complicados, repletos de una jerga que los vuelve inaccesibles para cualquiera que no tenga un doctorado en Filosofía. Yo mismo he escrito alguno de ellos, así que debería saber de qué hablo. He querido que este libro sea *tanto* una aportación significativa a la filosofía *como* accesible a un público más amplio. Es un empeño difícil de lograr. A los filósofos académicos como yo se nos ha entrenado para construir razonamientos irrefutables, lo que implica abordar todas las objeciones posibles. Lo cual me suscita un complejo dilema. Por un lado, si no abordo todas las objeciones, otros filósofos pensarán que mis razonamientos son un asco. Por otro, es difícil abordar todas las objeciones sin hacer el libro denso e inaccesible para el lector general.

He tratado de proceder con extremada cautela, dividiendo la mayor parte de los capítulos en una primera sección, más accesible, seguida por una segunda sección llamada PROFUNDIZACIÓN. A veces, la sección PROFUNDIZACIÓN consiste en respuestas a objeciones; otras, profundiza en el tema tratado. Tanto en un caso como en el otro, los que quieran hacerse una idea general sin entrar en algunos de los detalles más complejos —al menos en una primera lectura— pueden soslayar las secciones de profundización sin pérdida de continuidad en la argumentación. Puede que usted desee volver sobre alguno de los aspectos más complejos tras llegar al final del libro, con el fin de contar con una comprensión más cabal de las afirmaciones y los argumentos del mismo. O bien puede que quiera echar un vistazo a las secciones de profundización a medida que va leyendo, para ver si se aborda en ella esa objeción que le ronda la

cabeza, o por si hay algo que le resulte de particular interés, sobre lo que desea leer algo más.

A pesar de todo, el libro puede resultar complejo. ¿Quién dijo que considerar la finalidad última de la existencia era tarea sencilla? No obstante, unos capítulos son más duros que otros: los que abordan la conciencia (el 3 y el 6) tratan sobre conceptos inherentemente difíciles de aprehender, por lo que tal vez sean los que presentan mayores dificultades; los capítulos que se concentran en las implicaciones para la existencia humana (el 1 —al menos la parte que antecede a la sección de profundización— y el 7) son, probablemente, los más accesibles. Animo al lector a leerlos todos, sin preocuparse demasiado de si hay algún que otro detalle que no acaba de captar. Si los capítulos 3 y 6 le resultan muy difíciles, puede pasarlos por alto o limitarse a hojearlos sin temor a perderse el argumento central del libro. En términos generales, estoy seguro de que abordar el profundo misterio de la existencia le brindará grandes beneficios.

Nota para los filósofos profesionales: este libro no está estructurado como un texto de filosofía convencional. Los capítulos no arrancan exponiendo exactamente lo que va a pasar, ni cuándo, ni dónde, ni por qué. Incluye anécdotas personales y digresiones y, a veces, me desplazo entre diversos puntos sin subrayar claramente la transición. Cuando el razonamiento se vuelve demasiado denso en perjuicio de su accesibilidad, traslado parte del mismo a las notas finales. Todo lo anterior es necesario en un libro destinado al público general, pero puede que requiera algo de trabajo —espero que no mucho— para los filósofos académicos con la pretensión de ensamblar un razonamiento aislándolo de la narrativa circundante. Que lo disfruten.

1

¿Para qué sirve vivir?

Llegará el día en que toda la energía del universo acabe por consumirse. Las estrellas se extinguirán. Toda la materia será engullida por agujeros negros; unos agujeros negros que, en última instancia, también se desvanecerán. Será entonces cuando dé comienzo una era infinitamente larga, en la que habrá cesado toda actividad y toda interacción. No volverá a haber vida inteligente, en ninguna parte, nunca más.¹

El filósofo cristiano William Lane Craig sostiene que tal es el destino que aceptamos en ausencia de Dios y que ese destino hace que nuestras vidas carezcan de sentido.² A los 11 años, el personaje de Alvy Singer, de la película *Annie Hall*, se niega a hacer los deberes en vista de la futura extinción del universo («¿qué sentido tiene?»). Craig llega incluso a afirmar que el asesinato y el amor son equivalentes desde un punto de vista moral si el universo está destinado a acabar en nada y nuestras vidas carecen de finalidad última.

No solo preocupan a los creyentes estas aparentes implicaciones del ateísmo. El filósofo ateo David Benatar sostiene que, pese a que nuestras vidas parecen tener sentido desde la perspectiva de alguien inmerso en los trajines de la existencia, en cuanto abrimos el campo de visión hasta una perspectiva cósmica advertimos que nuestras vidas significan muy poco.³ En su libro *El dilema humano*, Benatar brinda una analogía sobre un acalorado debate entre niños de corta edad, tal vez sobre a quién le toca jugar con la pelota. Desde la perspectiva de esos niños, la cuestión de quién tiene la pelota es de la mayor importancia y trascendencia. Pero en cuanto abrimos el foco a una perspectiva sensiblemente más amplia, vemos que el asunto no tiene la menor relevancia. De igual modo, los desvelos

de los adultos —nuestras esperanzas y temores, nuestros proyectos de vida— resultan insignificantes desde la perspectiva del universo considerado en su integridad, y desde luego no merecen los afanes que ponemos en ellos.

¿Para qué sirve vivir, entonces? En vista de nuestra insignificancia, Benatar llega a una lúgubre conclusión: habría sido mejor no haber existido. No es que abogue por el suicidio; ya que estamos aquí, casi mejor seguir con nuestra existencia. Pero sí sostiene que es moralmente reprochable traer al mundo nuevos niños para que crezcan y vivan vidas sin sentido. Según Benatar, lo más indicado desde un punto de vista moral es dejar que la raza humana se extinga apaciblemente.

A esta postura se la conoce con el nombre de antinatalismo, una visión del mundo que casi se ha convertido en una religión por derecho propio, al menos en el sentido de que sus pocos —aunque fervientes— partidarios hallan consuelo e incluso una meta, un sentido, en sus principios. En febrero de 2019, Raphael Samuel, un joven de 27 años de Bombay, interpuso una demanda contra sus padres por haberle traído a la existencia. Samuel había tenido una infancia feliz y sentía apego por sus padres, aunque les reprochaba haberle traído al mundo sin su consentimiento. En una entrevista a la BBC, dijo: «Nosotros no decidimos nacer. La existencia humana carece por completo de sentido».⁴

Tal vez no resulte del todo sorprendente que la gente se pregunte si es correcto tener hijos en un mundo amenazado por la catástrofe climática inminente. En mi caso, recuerdo haber experimentado cierto sentimiento de culpa tras el nacimiento de mi primera hija. Por aquel entonces vivíamos en Budapest y me recuerdo con claridad llevando a mi bebé desde el coche hasta casa, por una calle nevada (nació poco antes de Navidad). Cuando pasaba por delante de la tienda de la esquina, su propietario, que estaba fuera en ese momento, sonrió y me dijo: ¡Gratulálunk! Fue entonces cuando, de repente, me invadió una especie de escrúpulo, casi una sensación de vergüenza. Me había sentido como en una nube desde el parto, veinticuatro horas atrás, pero ¿era esa alegría solo cosa mía y de mi pareja? Esa niña no había elegido nacer en un mundo atribulado y, ahora, al ser «pillado in fraganti» en el acto de llevarla a casa para que diera comienzo su vida, me descubrí haciéndome una pregunta que nunca me había formulado: ¿era justo obligar a esa preciosa niña a vivir en un mundo tan feo?

Mi inquietud atañía al estado actual del mundo. No es esto, sin embargo, lo que motiva a los antinatalistas. Su postura ética no se basa en circunstancias políticas contingentes, sino en la naturaleza inherentemente insatisfactoria de la existencia humana. Como dice Benatar, «todo nacimiento es una muerte en espera». ⁵ Aunque llegue el día en que conquistemos una utopía de libertad, igualdad y armonía con el medioambiente, Benatar asegura que desde una perspectiva cósmica la vida continuará siendo un sinsentido, por lo que la extinción voluntaria seguiría siendo la única opción benigna.

El interés de Benatar por nuestra insignificancia cósmica se basa en su creencia de que vivimos en un universo carente de sentido. Pero, ¿y si resulta que no es el caso? ¿Y si el universo en el que vivimos tuviera una finalidad? Pierre Teilhard de Chardin fue un hereje paleontólogo y sacerdote católico de mediados del XX. ⁶ Teilhard se sintió inspirado por la idea de evolución en una época en que la Iglesia se mostraba inquieta por el darwinismo. Mientras que Darwin postuló la evolución en biología, Teilhard creía que todo el universo evolucionaba hacia un estadio superior. El argumento de Teilhard era parcialmente inductivo. Al dirigir la mirada hacia el pasado, advertía el surgimiento de fenómenos que, a su juicio, no era posible explicar en términos de lo que los había precedido: vida, conciencia, razón, juicio moral. En opinión de Teilhard, el surgimiento de dichos fenómenos parecía dibujar una trayectoria dirigida a estadios de existencia aún más elevados, y preveía que esa trayectoria habría de prolongarse en el futuro.

Hay quien incluso asegura que Teilhard predijo la aparición de internet, ya que creía que el siguiente estadio en la evolución cósmica derivaría de una humanidad cada vez más interconectada en materia de transmisión de información, lo que en última instancia llevaría a una nueva forma de vida y de conciencia, a la que dio el nombre de «noosfera». Ahora bien, pese a que Teilhard creía que la evolución cósmica era, en cierto sentido, inevitable, nuestros actos podían acelerar o demorar su progreso. El surgimiento de la noosfera dependía de que la humanidad se hallase en un estadio espiritual lo bastante avanzado para ingresar en esa nueva fase de la evolución cósmica. Pensaba que si eligiéramos crear un mundo de paz y justicia —en vez de sembrar el odio y la discordia— y perfeccionáramos nuestra conciencia a través de la meditación y la vida sencilla —en vez de abandonarnos al lujo y el consumo excesivo—, contribuiríamos co-

lectivamente al progreso del universo que, a la postre, resultaría en un universo físico unificado con la divinidad. ¡Un panorama bien distinto al destino cósmico esbozado en el primer párrafo de este capítulo!

Olvídese por un momento de si le convence o no el argumento de Teilhard sobre la finalidad cósmica. Nuestra primera pregunta no es si existe —tiempo habrá para ocuparnos de ello—, sino qué relevancia tiene para la condición humana la existencia o inexistencia de finalidad cósmica. Si el punto de vista de Teilhard *fuera* acertado, la pesimista valoración de Benatar sobre la existencia humana se vería transformada. Recordemos que, según Benatar, nuestras vidas, miradas desde una perspectiva cósmica, quedan reducidas a la insignificancia. Pero esto sería falso de ser cierta la visión de Teilhard. Nuestras buenas acciones contribuirían —aunque fuera en pequeña medida— a la finalidad de la realidad en su conjunto. De modo que, si ampliáramos nuestro campo de visión hasta adoptar la perspectiva cósmica, nuestras vidas tendrían sentido.

Teilhard era creyente, aunque de un tipo bastante poco común. Creía en un dios personal, promotor último y, por supuesto, meta final de la evolución cósmica. Sin embargo, podemos concebir una hipótesis muy semejante a la de Teilhard, solo que sin un dios personal. De hecho, Samuel Alexander, un filósofo del siglo XIX, defendió una idea similar.⁷ En opinión de Alexander, la evolución cósmica del universo no estaba dirigida por una divinidad, sino por la tendencia natural del universo a desplazarse hacia estadios más elevados del ser, un impulso al que Alexander denominó *Nisus*. Para que se dé la posibilidad de que la vida humana tenga sentido desde un punto de vista cósmico es importante que el universo tenga una finalidad, que se encamine a alguna especie de estadio superior, y que los seres humanos puedan participar en tal progreso. Que haya sido un ente sobrenatural el que imponga al universo esa finalidad cósmica desde el exterior o que esta surja de tendencias naturales del propio universo resulta irrelevante.

Así pues, que nuestras vidas tengan o no sentido desde un punto de vista cósmico parece depender de si el universo tiene o no finalidad. Ahora bien, estoy seguro de que en este punto muchos lectores arden en deseos de espetarme la siguiente pregunta (aquellos que no lo hayan hecho ya, entiéndase): ¿¡¡A quién diablos le importa el sentido cósmico de la existencia!!? ¿Acaso no podemos vivir vidas felices y dotadas de sentido aquí, en nuestro pequeño y viejo planeta Tierra, por más que nuestras vidas carezcan de sentido cósmico?

Para que conste: coincido en que la ansiedad que suscita en Craig y Benatar el asunto del sentido cósmico de la existencia está sobredimensionada. Aunque nuestras vidas carezcan de sentido cósmico, pueden tenerlo aquí y ahora, con tal de que estemos en condiciones de realizar actos objetivamente significativos, como ejercicios de creatividad, aprendizaje o generosidad hacia los demás. Por otro lado, creo que algunos humanistas, que sostienen que el sentido cósmico sería del todo irrelevante para el significado de la vida humana, se exceden por el lado opuesto. Queremos que nuestras vidas tengan sentido, queremos ser relevantes. Si fuéramos capaces de contribuir, aunque fuese en pequeña medida, a los buenos propósitos de *la realidad en su conjunto*, ello supondría una diferencia casi inconcebible y, en consecuencia, sería una gran aportación al significado de nuestras vidas. Un universo desprovisto de finalidad cósmica puede que no sea tan espeluznante como Craig y Benatar se figuran. Pero si resulta que sí existe una finalidad cósmica, una que pudiéramos definir como buena y a la que pudiéramos contribuir por medio de nuestros actos, sería como si nos tocara el Gordo en la lotería de la realidad.

Permítame informarle de una buena noticia: creo firmemente que hay pruebas fehacientes que respaldan la existencia de finalidad cósmica. Que sea de un género susceptible de brindar un gran aporte de significatividad a nuestras vidas es cuestión aparte, y sobre ella volveremos en el último capítulo. Entretanto, exploremos la cuestión de la finalidad cósmica.



ELECCIÓN

Tiene usted ahora la opción de pasar al próximo capítulo y empezar a explorar la cuestión de la finalidad cósmica. No obstante, si quiere profundizar un poco más en este tema, creo que hay un vínculo más sutil entre el sentido de la vida humana y la finalidad cósmica, que es en lo que indagamos en la sección PROFUNDIZACIÓN del presente capítulo.

